

JORGE RIVERA,
DIRECTOR DE 'CINCO DÍAS'

La banca se recupera del 'tsunami'

Verano de 2007. Todos los bancos centrales del mundo se unen en una acción conjunta sin precedentes en la historia económica mundial. El sistema financiero estadounidense estaba a punto de saltar por los aires y se requería una acción urgente y contundente. Así se hizo y se cortó la hemorragia. Al menos, aparentemente. Sin embargo, lo peor aún estaba por llegar. No ya en Estados Unidos —que aún tuvo que vivir episodios como la caída de Lehman Brothers y que, en realidad, aún se debate en cómo salir de la mayor crisis económica desde hace muchas décadas—, sino en el resto de las economías, particularmente las más maduras y expuestas al alto endeudamiento y especialmente a aquellas que tenían una sobreexposición al negocio inmobiliario en cualquiera de sus vertientes.

La economía española cumplía todas las condiciones para sufrir en primera persona el estallido de la crisis. Y así ocurrió, llevándose por delante muchas cosas, principalmente el empleo y gran parte del bienestar que había caracterizado a la sociedad española de finales del siglo pasado y principios del actual. Uno de los campos en los que más se ha notado ese

El sector financiero está a la espera de lo que debe ser la gran apuesta económica y política de Europa: la unión bancaria

estallido ha sido en el sistema financiero. Hoy nada tiene que ver con el que lucía una boyante musculatura financiera hace menos de un lustro. Si se toma como punto de partida el inicio de 2010, por ejemplo, se puede contabilizar que han desaparecido

más de 40 entidades, la mayoría de ellas cajas de ahorros. El impacto en el empleo se ha traducido en la eliminación de casi 70.000 puestos de trabajo y el número de sucursales clausuradas ronda las 9.000, y aún se espera el cierre de otras 5.000. Un ajuste que ha tenido un apoyo financiero que ronda los 70.000 millones.

Hace tan solo unos días, el Banco de España detalló que el conjunto del sector ha recibido 61.366 millones de euros en ayudas directas para capitalizar las entidades. Si bien el supervisor deja fuera de sus estimaciones los avales concedidos por el sector ante la previsión de que se recuperarán cuando venzan, a esa cifra habría que añadirle 2.192 millones del rescate que se destinaron a capitalizar Sareb y 6.506 millones que el organismo que dirige Luis María Linde calcula que se consumirán de los esquemas de protección de activos (EPA) concedidos a los compradores de entidades con problemas. En suma, un total de 70.064 millones, unos 56.000 millones públicos y otros 14.000 aportados por la banca a través del Fondo de Garantía de Depósitos (FGD). Y de ellos, los analistas estiman que solo un 30,4 por ciento de esa factura parece recuperable.



A ello se une un rosario de ejecutivos de entidades financieras que han de pasar por los juzgados para rendir cuentas por sus decisiones durante la crisis. En definitiva, un auténtico *tsunami* ha transformado el sistema financiero español. Un sistema que, poco a poco, empieza a recobrar su personalidad después de haber pasado por unos exámenes tremendamente duros que le han colocado de nuevo con un nivel de solvencia que está a la altura de los estándares más exigentes.

A falta de las últimas ventas que tiene previsto cerrar en breve el FROB —léase Catalunya Banc y Novagalicia— prácticamente se puede dar por concluida la reforma bancaria. En el nuevo mapa se aprecia un reparto de papeles distinto al que se había instaurado antes de la crisis. Por una parte, están instalados los dos mayores grupos bancarios, Santander y BBVA, que están apuntalando gran parte de su fortaleza en sus negocios internacionales. Brasil para el primero y México para el segundo se han convertido en pilares básicos de su desarrollo. Aunque bien es cierto que ninguno de los dos ha desatendido el mercado nacional, ni desde el punto de vista de negocio puro y duro ni desde el punto de vista de atender a nuevas compras. De hecho, ambos han declarado estar interesados en las próximas ventas. Su gran competidor en España es, sin lugar a dudas, CaixaBank. El grupo que preside Isidro Fainé tiene, al margen de un notable músculo financiero, una cartera de participadas que le dota de un sólido y fiable fondo de armario. Tras estas entidades se encuentra Bankia, quizá el gran símbolo de la crisis del sistema financiero. Después de una profunda cirugía, el equipo que dirige José Ignacio Goirigolzarri ha empezado a reanimar a un grupo que aspira a convertirse también en el símbolo de la salida de la crisis. Sabadell y Popular ocupan un posición intermedia y protagonizan una pelea por hacerse —con compras y crecimiento orgánico— con el tamaño adecuado para consolidarse como actores de primer nivel en este nuevo escenario. Junto a ellos Bankinter, Unicaja, Kutxabank o Ibercaja se han convertido en los supervivientes más cualificados —amén de CaixaBank— de la debacle del mundo de las cajas de ahorros.

Este es, a grandes rasgos, el nuevo sistema financiero español. Un sistema que tiene ante sí nuevos retos. El más importante es el de recobrar el pulso del tradicional negocio bancario que consiste —parece sencillo, pero no lo es— en conseguir y prestar dinero. La mala coyuntura económica —pese a los signos de incipiente recuperación que se van apreciando—, el hecho de que los mercados financieros sigan bastante cerrados, la desconfianza que sigue lastrando a los clientes y las crecientes exigencias de los reguladores, conforman un escenario difícil de manejar. En cualquier caso, el sector financiero también está a la espera de lo que debe ser la gran apuesta económica y política de Europa: la unión bancaria. Ese es el gran cambio.